

PERSONA, FAMILIA Y TRABAJO

¿CRISIS O EQUILIBRIO?*

Carlos Rodríguez Combeller**

Introducción

Desde sus orígenes la especie humana se ha preocupado por superar las condiciones que le impone el medio ambiente y sobrevivir a todos los peligros que la amenazan desde el exterior. Hasta aquí el ser humano ha salido victorioso la mayoría de las veces. En la actualidad le amenazan otros enemigos desde el interior: por una parte las crisis, presiones y angustias que afectan la salud de las personas al provocarles úlceras, hipertensión y cansancio; por la otra, la soledad, el hastío y el automatismo que les producen depresión y limitan la capacidad de admiración y goce del espíritu del hombre.

La sociedad actual ha fomentado estilos de vida que destacan los aspectos racionales de la persona y refuerzan el valor social del trabajo, pero en ese afán se ha descuidado la comprensión de las fibras emocionales básicas del ser humano, tales como el amor y el odio, el placer y el sufrimiento, lo cual ocasiona serios obstáculos al desarrollo del individuo y a la integración de las relaciones familiares.

Tal vez nunca como hoy, muchas personas cuestionan con sentido crítico esa manera de vivir que ha sido impuesta por la sociedad y que, en el fondo, les parece ajena e incluso contraria a sus necesidades reales, sobre todo cuando se dan cuenta del deterioro de sus vínculos familiares en aras del éxito económico o cuando perciben que nunca tie-

nen tiempo para realizar ciertas actividades muy significativas para su existencia. La sociedad de consumo no ha podido dar una respuesta satisfactoria a estas inquietudes cada día más generalizadas.

La respuesta habrá que descubrirla, en primera instancia, en el interior de la persona por considerarla un ser libre, consciente y responsable, y en segundo término, convertir ese descubrimiento interno en acciones concretas que cambien algunos aspectos del entorno más cercano e inmediato al individuo, principalmente su familia y su trabajo. El reto no consiste, desde nuestro punto de vista, en sustituir un estilo de vida por otro diferente, sino en que cada persona, de acuerdo con sus valores y circunstancias, identifique cómo puede dar más sentido a su existencia.

El propósito fundamental de esta búsqueda es demostrar que el ser humano sí puede aprender a vivir cuando tiene la oportunidad de encontrar en su interior el sentido de su existencia y ahí descubre que la verdadera inteligencia del hombre no consiste exclusivamente en el pensar de su cerebro, sino que se extiende hacia el sentir de su corazón y el hacer de sus manos.

El ser humano tiene múltiples manifestaciones, sin embargo, aquí se tomarán en consideración principalmente el contacto que el hombre tiene consigo mismo, los vínculos que establece con su familia y la relación con su trabajo, aspectos que revisten una gran



importancia en el momento en que la persona decide su forma de vivir.

La persona, la familia y el trabajo son aspectos de la existencia del hombre que usualmente han sido estudiados, cada uno por separado, desde diferentes puntos de vista, sin considerar que en la realidad tienen vínculos indisolubles y que constituyen un sistema en el cual si se afecta a una de las partes, se afecta al todo.

Aquí se propone que la persona haga un análisis que reúna los tres aspectos con el propósito de darles congruencia y evitar los desequilibrios emocionales y las consecuencias fisiológicas que se sufren cuando estos aspectos tan importantes se contraponen, se fragmentan o uno de ellos se sacrifica en aras de los restantes.

* Este artículo es una síntesis del libro que, con el mismo título, publicaron Carlos Rodríguez Combeller, Jesús Díaz Ibañez y María García Díaz, Editorial Diana S.A., México, 1987.

** Licenciado en Contaduría Pública por la UIA.

Persona

El tema de la persona parte de la tesis de que el conocimiento de sí mismo es fundamental para entender a los demás y descubrir que las diferencias individuales enriquecen las relaciones interpersonales. El autoconocimiento implica que la persona identifique sus principales características, comprenda la influencia de sus orígenes, revise los acontecimientos más sobresalientes de su vida y analice las fuentes de su motivación.

La pregunta *¿quién soy yo?* ha preocupado a los hombres a lo largo de la historia. Esto es algo de lo que se ha dicho sobre este tema "¿Alguien aquí me conoce?... ¿Quién es el que puede decirme quién soy?", preguntaba en una obra de Shakespeare el rey Lear, cuando sus hijas lo desconocen.

Con otro punto de vista, Jung, en una conversación con su biógrafo, decía: "Nunca he encontrado una dificultad que no fuera realmente la dificultad de definirme a mí mismo".

Por su parte, el poeta Gibrán Jalil Gibrán escribe: "Sólo una vez enmudecí. Fue cuando un hombre me preguntó, ¿quién eres tú?".

A continuación algunas de las respuestas a tan inquietante cuestión:

El mismo Gibrán rompió su silencio para afirmar: "En los primeros días ascendí a la montaña sagrada y dije a Dios: Señor, yo soy tu esclavo. Pero Dios no respondió. Y después de mil años subí a la montaña sagrada y de nuevo hablé a Dios: Yo soy tu raíz en la tierra y tu eres mi flor en el cielo. Entonces Dios se inclinó hacia mí y murmuró en mis oídos palabras de dulzura".

Mucho antes, aproximadamente en el año 950 A.C., se había grabado en el Exodo esta fra-

se: "Soy el que soy". Con ella reveló Dios su nombre a Moisés.

Ortega y Gasset se explica a sí mismo al decir: "Yo soy yo y mi circunstancia", y en esa misma búsqueda el psicólogo Carl Rogers, manifiesta: "Cuando me veo como parte de un proceso, advierto que no puede haber un sistema cerrado de creencias, ni un conjunto de principios inamovibles a los cuáles atenerme".

La pregunta *¿quién soy yo?*, como se puede observar, no tiene una respuesta simple, sino que reclama una definición personal. Definición que surge de una búsqueda en el propio interior, y que se produce a partir de la historia de cada uno de nosotros y de la definición de lo que deseamos llegar a ser.

Familia

El tema de la familia gira en torno de la importancia que tiene la aceptación de las personas que la integran y la percepción de sus necesidades y aspiraciones particulares, en la relación de la pareja y en la interacción de los padres con los hijos.

Dice Virginia Satir: "Cuando tenía cinco años decidí que de grande sería un detective de niños para investigar a los padres. Ni siquiera pensaba en lo que iba a descubrir, pero aún entonces me daba cuenta de que eran muchas las cosas que sucedían dentro de la familia, incógnitas que no salían a la luz."

Estos acontecimientos se producen como resultado de la interacción de las personas que componen el núcleo familiar. El núcleo familiar está integrado, para efectos de este análisis, por el padre, la madre y los hijos. No deja de tenerse en cuenta la influencia que pueden ejercer otros parientes o amigos que, en algunos casos conviven con ellos, y que, en otros, los afectan desde fuera.

Las relaciones familiares son una compleja red de interacciones humanas basadas en los supuestos de qué debe ser una familia y cómo deben comportarse sus miembros. Estas aspiraciones se refuerzan y deforman con la vida diaria y se manifiestan en normas que unas veces son explícitas y otras rigen la conducta de



resuelve de manera satisfactoria la interacción de una persona con su propio ser, con los miembros de su familia y con las circunstancias que se presentan en su trabajo.

El equilibrio, en el contexto de la compleja psicología del ser humano, es más un proceso dinámico que la simple compensación de fuerzas contrarias que se da en la física. No significa que el hombre se adapte a sus circunstancias con una actitud conformista, ni equivale a apatía, resignación o pasividad.

El equilibrio es como el reposo del guerrero. Este sabe que tendrá que volver a luchar para resolver, con mayor o menor éxito, las dificultades que se le presentan en el ciclo natural de su vida, sobre todo en el mundo actual.

La búsqueda y el descubrimiento de los propios valores son esenciales para comprender la integración de nuestro campo vital. Esta búsqueda nos lleva al compromiso de reencontrarnos a partir de lo que nos hace únicos y verdaderamente humanos.

Frankl piensa que tal vez debamos reconocer que todo valor le es inculcado al hombre de un modo concreto, en términos de lo que ese hombre debe hacer precisamente aquí y ahora. Y afirma: "Los valores absolutos, objetivos, se convierten así en deberes concretos, se traducen en las exigencias del día y en los deberes personales".

El hombre reflexiona sobre los valores desde su propia perspectiva. Los ordena y generalmente los vive de diferente manera cuando se trata de su propia persona, de su núcleo familiar o de su trabajo.

Dice Kierkegaard que la puerta de la dicha se abre empujando hacia afuera. Quien se empeña en abrirla jalando hacia adentro lo que hace es cerrarla.

A partir de la clarificación de valores, la existencia adquiere un sentido, es decir, la persona descubre una razón válida para vivir que se obtiene como resultado de una decisión. Tal como lo afirma Jaspers, el hombre es un ser que no sólo es, sino que decide lo que quiere ser en cada etapa de su vida.

De hecho, la existencia significa vivir en contacto estrecho no sólo con uno mismo sino con los demás y con el mundo que nos rodea. Este enfoque de la existencia destaca la importancia de vivir con intensidad el momento presente hacia afuera. Sin embargo, la realidad no se agota en el presente, incluye las experiencias vividas en el pasado para formar una actitud personal ante el futuro.

Descubrir un sentido de la existencia no debe ser el doloroso cumplimiento de una obligación, sino algo que se relaciona con el gusto por la vida que Teilhard de Chardin describe como: "Esa disposición psíquica, a la vez intelectual y afectiva, en virtud de la cual la vida, el mundo y la acción nos parecen, en conjun-

to, luminosos, interesantes, sabrosos".

Conclusiones

Refiriéndose a la sociedad actual, Desmond Morris afirma que, si se le da una oportunidad, este zoo humano puede llegar a convertirse en un magnífico parque de atracciones. En caso contrario, puede transformarse en un gigantesco hospital para locos, en algo parecido a una casa de fieras del siglo pasado, con pequeñas jaulas abarrotadas de agitados paseantes cautivos.

En efecto, a los problemas políticos y económicos de nuestra época deben sumarse, especialmente, los conflictos sociales que se derivan de la monotonía y el estrés que sufren las personas en su vida cotidiana y de la creciente tendencia a uniformar, so pretexto de la eficiencia, el comportamiento de los individuos, de las familias y de los grupos.

Los acelerados desarrollos tecnológicos, que se han orientado principalmente a elevar el nivel material de vida de las personas, amenazan empobrecer al ser hu-



mano con lo homogéneo y refuerzan una pasiva mediocridad, tal vez porque no van acompañados de una clara percepción de las verdaderas necesidades del espíritu del hombre. En este sentido, algunos escritores, filósofos y científicos adoptan una actitud pesimista cuando describen el futuro extrapolando las tendencias que detectan en las condiciones actuales.

Frente a esta problemática y a las perspectivas apocalípticas de la humanidad, es urgente darse cuenta de que, como dice Asimov, "el verdadero futuro será lo que quieran hacer de él las circunstancias. la voluntad humana y la inteligencia del hombre, y lo que hay que esperar es que todas ellas conspiren para que el producto sea bueno". Este planteamiento, que es contrario al pesimismo mecanicista que tanta angustia provoca, supone la necesidad de preocuparse no sólo por el nivel sino también por la calidad de la vida de las personas.

De acuerdo con lo anterior, se hace indispensable crear oportunidades para que las personas puedan revisar sus experiencias más significativas, analizar los efectos que han tenido en su historia personal y comprender cómo esas experiencias se transforman en actitudes y conductas aprendidas que influyen en su vida actual y en su futuro.

Este análisis acerca de su propia existencia le permite a la persona aproximarse de manera espontánea y sensible a los seres humanos que le rodean y aumentar paulatinamente su capacidad de adaptación a las condiciones cambiantes tan características de nuestra época, de tal forma que su vida tenga más equilibrio y que las crisis que acompañan a la edad adulta se consideren como momentos de decisión y oportunidades de crecimiento.

Ante el reto que representa transformar de manera gradual y no violenta nuestra sociedad, hoy, más que nunca, se hace indispensable generar nuevos procesos de desarrollo personal que se traduzcan en costumbres sociales menos rígidas, opresivas y masificadoras, y que faciliten la toma de decisiones vitales. Con base en una reflexión profunda que no elimine la espontaneidad, sino que la haga más consciente y responsable.

Conviene insistir en que es más saludable que la persona clarifique el sentido que desea dar a su existencia, en función de sus propios valores, que ofrecerle una serie de consejos sobre cómo vivir mejor; ya que imponerle, aunque

sea de manera sutil, un estilo de vida, es tanto como manipularla y no permitirle llegar a ser ella misma.

Con una firme convicción en los argumentos que van en contra de la monotonía y la uniformidad, y en pro de un futuro más gratificante, habrá que revisar con sentido crítico los estilos actuales de vida y considerar con apertura y asertividad otros distintos que tomen en cuenta las diferencias individuales y estimulen la creatividad.

Esto es necesario para que los sentimientos, las ideas y las acciones del hombre se enriquezcan y resulten más satisfactorias; para que en una palabra, le proporcionen más alegría de vivir.

